

LA VIRGEN MALTRATADA

Autor anónimo
Marzo/05

Todos somos conscientes de que son numerosas las lacras que afectan hoy día a nuestra sociedad: las desigualdades sociales, la siniestralidad laboral, el terrorismo, la mal llamada violencia de género... Intentamos ser lo más solidarios posibles, condenar cualquier hecho delictivo, pero desgraciadamente nunca somos capaces de comprender la verdadera magnitud de las mismas hasta que las sufrimos en primera persona. Eso fue lo que me sucedió la mañana del Sábado Santo.

Ocurrió en una calle cualquiera de cualquier ciudad. Yo me encontraba en mi casa enfrascado en una de esas tareas triviales que realizamos mecánicamente casi sin advertirlas. Algo llamó mi atención: un claxon de un coche sonaba incesante. "Alguien habrá aparcado mal", pensé. Pero la bocina seguía sonando ininterrumpidamente. Me asomé a la ventana, vi el coche que inundaba todo de ruido pero además algunas personas miraban hacia una misma dirección. Yo hice lo mismo. Y allí, a unas decenas de metros de mí, se encontraba la más absoluta miseria humana, la bestialidad más descarnada, la sinrazón más abrumadora personalizada en un mastodonte varón que pateaba y golpeada sin compasión a una pobre mujer que, tirada literalmente en el asfalto, intentaba protegerse de la paliza con las pocas fuerzas que le quedaban.

La agresión era brutal, despiadada, continuada, casi asesina. El cenutrio golpeaba en la cara y cabeza y pateaba en los costados, una y otra vez, fuerte, sin ningún temor ni remordimiento, como animal salvaje rabioso. De aspecto amacarrado, vestía camiseta ceñida de la selección española de fútbol, como si con eso nos quisiera representar a todos los españoles, "marcando" con la misma ya más barriga que el músculo que algún día pasado fue. Todo se precipitaba, el claxon seguía sonando intentando que el gusano cesara en su empeño, la gente murmuraba y animaba a llamar a la policía. Alguno hizo el amago. Yo cogí el teléfono y llamé al 091, pero nadie atendía a mi llamada. Y a cada tono sin respuesta, un golpe en la cabeza; y a cada tono no atendido, una patada en las costillas... y así sucesivamente, interminablemente. Aquel animal de bellota continuaba cegado en su absurda y desigual batalla, como un toro salvaje y herido en su orgullo de machito. Y el claxon sonando, y la gente murmurando, y el tono sin ser contestado, y el asesino golpeando, y los nervios nublando mi vista, y la tensión por las nubes, y mi pequeña hija preguntando qué pasaba, y las sensaciones mezclándose con rapidez: rabia, dolor, impotencia, indignación, sufrimiento, impotencia, miedo, tensión, impotencia, impotencia, impotencia... Estallé. Utilicé un recurso casi tan irracional como el que el salvaje utilizaba. Me asomé a la ventana y lo insulté con todas mis ganas, como nunca había insultado a nadie, con una convicción en mí inusual. En un momento el troglodita alzó la mirada como para buscarme, como para amedrentarme, como para desafiarme. Y tuve la sensación de que a cada insulto mío pateaba con más fuerza, a cada improperio recibido golpeaba con más furia.

No sé si satisfecha su ira irracional y despiadada o algo coartado por mis insultos o por la gente, dio por finalizada su agresión. Cogió del pelo a la mujer, la arrastró a empujones y a cornadas la introdujo en su coche, aparcado cerca del hecho. Mientras tanto, y quizás fue lo que más me afectó, su supuesta hija de unos cinco años miraba toda la brutalidad encarnada en ese villano con cierta indiferencia, como si la costumbre hubiera producido que esos hechos fueran ya cotidianos y parte de su vida, como el cenar o el ver la televisión. No lloraba, no gritaba, tan sólo miraba. Todavía me emociono cuando lo recuerdo. Y es que, si ese monstruo era capaz de cometer su atrocidad a plena luz del día ¿de qué no sería capaz en la intimidad cómplice de su casa!.

Indiferente y hasta desafiante arrancó el coche y pasó a través de la gente que había contemplado la escena, orgulloso de su propia miseria. Tomé la matrícula de su coche como lo hicieron otros ciudadanos que, quiero creer, también llamaron. Yo volví a marcar, no contestaban; volví a hacerlo, comunicaba; hasta que por fin descolgaron: "Policia Nacional...". Conté todo lo que vi, dí el número de matrícula, no me preguntaron mi nombre ni yo se lo dí. Colgaron con la promesa de que investigarían la agresión.

¡Pero qué está pasando en esta puta sociedad! ¡cómo se puede consentir que hechos de este tipo se produzcan impunemente! ¡qué tendrá en la cabeza ese diplotocus!. ¿dónde está el problema? ¿y la solución? ¿es un problema de educación? ¿hasta qué punto la sociedad ha podido moldear su nulo cerebro para que una persona pierda toda su humanidad y se convierta en una hiena despreciable? ¿de verdad tenemos recursos sociales para eliminar de una vez por todas estos actos? ¿nos protege la justicia a agredidos y denunciantes lo suficiente ante estos necios que carecen de la mínima educación?

No sé si debo tener la conciencia lo suficientemente limpia. Supongo que no, cuando me encuentro escribiendo este artículo como penitencia por mi actuación, como purgación de ánimo. Y debe ser así porque ¿hice realmente todo lo que debía hacer? ¿pude hacer algo más en defensa de aquella víctima? ¡cómo pude consentir –cómo podemos consentir- que esa mujer se fuera en el mismo coche y con el mismo destino que su verdugo! ¡cómo pude permitir –cómo podemos permitir- que ese hecho se produzca con total impunidad y a pleno sol! No sé si me dolían más los golpes que la mujer recibía o la indiferencia de muchos de los que pasaban al lado tan sólo mirando: coches circulando por el carril contrario lentamente que pasaban sin actuar, una pareja joven que pasó casi corriendo asustada sin querer ni mirar, una mujer mayor plantada observando sin iniciar ninguna acción. Quiero pensar que es el miedo el que nos inmoviliza, pero de esta forma nunca tendremos la sociedad que queremos para nuestros hijos.

Tengo la certeza de que la contemplación de este lamentable hecho ha afectado a mi persona y a mi personalidad. Lo noto. No dejo de pensar en esa mujer, no duermo de forma placentera, no puedo concentrarme en mis estudios. Estoy seguro que nunca olvidaré la cara de la bestia cuando se pavoneaba orgulloso en su coche camino de su ¿hogar?; pero sobre todo no podré olvidar jamás la cara bañada en lágrimas y sangre de la mujer con la cabeza apoyada en el cristal trasero del coche, exhausta, mirando hacia el cielo implorando no sé qué, clemencia, ayuda, justicia... con la misma expresión, idéntica expresión, que cualquiera de las numerosas vírgenes que durante toda esa semana habían procesionado por las calles de nuestra ciudad.